



ISSN: 2981-4103 (en línea)

# revista TEXTOS



Escuela de Educación y Pedagogía

L29



**UPB**  
Universidad Pontificia Bolivariana

© **Revista Textos, No. 29**

© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana  
Vigilada Mineducación

ISSN: 2981-4103 (en línea)  
Periodicidad Anual  
Año 2025  
Escuela de Educación y Pedagogía

**Gran Canciller UPB y arzobispo de Medellín:** Mons. Ricardo Tobón Restrepo

**Rector General:** Padre Diego Marulanda Díaz

**Vicerrector Académico:** Álvaro Gómez Fernández

**Decano Escuela de Educación y Pedagogía:** Juan Francisco Vásquez Carvajal

**Editor de la Revista:** Mateo Muñetones Rico

**Compiladores:** Juan Carlos Echeverri Álvarez, Mateo Muñetones Rico, Mariana Jaramillo Mosquera y Wendy Gutiérrez Oñate

**Comité editorial estudiantil:** Elizabeth Córdoba Mesa; Ana Sofía Camacho Suárez; Carolina Echavarría Quintero; Salomé Gil Rico; Sara Garcés Villa; María José Vélez Gutiérrez; Laura Victoria Santamaría Trujillo; Sebastián Vélez Vargas; Steward Pérez Epalza; Víctor Manuel Arias Zapata; Isaac Daniel Jiménez Carrascal; Juan Carlos Echeverri Álvarez

**Coordinadora Editorial UPB:** Lisa M. Colorado Rodríguez

**Producción:** Ana Milena Gómez Correa

**Diagramación:** Editorial UPB

**Corrección de estilo:** Ana Isabel Torres

**Dirección Editorial:**

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2024  
Correo electrónico: [editorial@upb.edu.co](mailto:editorial@upb.edu.co) [www.upb.edu.co](http://www.upb.edu.co)  
Medellín-Colombia

**Radicado:** 2310-02-05-24

Para la reproducción parcial o total de los artículos debe citarse la fuente.  
Órgano de divulgación de la Escuela de Educación y Pedagogía de la Universidad Pontificia Bolivariana.

# Autorías europeas

# Notas editoriales acerca de las autorías europeas en educación y pedagogía

Juan Carlos Echeverri  
juan.echeverri@upb.edu.co

Emprendimiento, innovación, gerenciamiento, proyecto de vida, factores de valor, metaverso, inteligencia artificial, poshumanismo. Todos estos son conceptos de una trama discursiva con un elemento común: la soterrada función de limitar la memoria por la vía de impugnar todo pasado como anquilosamiento y, correlativamente, demostrar la necesidad de superarlo para transitar hacia mejores futuros. El efecto verificable de esta función es la aparición endémica de una delirante ansiedad de novedad que no solo afecta a las nuevas infancias y a las juventudes; sino curiosamente, y quizás con mayor violencia, a quienes deberían ser capaces, como docentes y adultos, de preservar de buena manera esa memoria, para que las nuevas generaciones recorran el camino que depara el fortuito movimiento del tiempo. Pero se camina de manera más segura por el tiempo si se cuenta con el conocimiento de cómo se ha llegado a ser lo que se es en la actualidad, como personas, familias y sociedades. Tal conocimiento es posible si los adultos-profesionales hacen crítica cultural y emprenden algunas batallas por la memoria, es decir, por la educación. Ya lo había dicho un hombre inteligente hace mucho tiempo:

La educación es la acción ejercida por las generaciones adultas sobre aquellas que no han alcanzado todavía el grado de madurez necesario para la vida social. Tiene por objeto el suscitar y desarrollar en el niño un cierto número de estados físicos, intelectuales y morales que exigen de él tanto la sociedad política en su conjunto como el medio ambiente específico al que está especialmente destinado. (Durkheim, 2013)

Sin embargo, en relación con esos discursos imperantes, la opción que tomamos, inclusive en las facultades de educación, es seguir los dictámenes que rigen la circulación de la mercancía educación; y en vez de evaluarlos, ponderarlos y, en algunos casos, hacerles resistencia, nos convertimos en los agentes comerciales

de esas tendencias. Así, por ejemplo, comenzamos a mirar discursos interesados y pagados, que invitan a cesar de contar historias para poblar al mundo de subjetividades tipo STEM, porque el mundo solo necesita conocimientos ingenieriles y tecnológico. Tendríamos que volver a Durkheim para argumentar, otra vez, que ese tipo de uniformidad no es lo esperable, sino que necesitamos todo tipo de personas en la sociedad: poetas, artistas, literatos, físicos, biólogos, pedagogos. Posiblemente, por los tiempos que corren y por aparecer como mejor adecuados a la imposición de las prácticas discursivas, la innovación de las propuestas de muchos de nosotros, incluyendo a los mismos estudiantes, será sacar del currículo todas las materias que sean teóricas; es decir, la carreta que aleja de la acción, de las tendencias de desarrollo y de la riqueza. Sin embargo, todavía tiene vigencia el hecho de que

No podemos y no debemos entregarnos todos al mismo género de vida; según nuestras aptitudes, tenemos funciones diferentes que cumplir, y es necesario que nos pongamos en armonía con aquella que nos incumbe. No estamos todos hechos para reflexionar: son necesarios hombres de sensación y de acción. Inversamente, también es necesario que los haya cuya labor sea la de pensar. (Durkheim, 2013, p. 50)

Esa tendencia a las transformaciones curriculares que buscan suprimir la carreta para concentrarse en formas gerenciales, administrativas, tecnológicas y matematizables de la vida, y que están muy bien siempre y cuando no se conviertan en un pensamiento único, lo que buscan es una uniformidad social y supuesto desarrollo ascendente; pero lo que termina logrando es solo exclusiones y frustraciones. Esta transformación, decía, está amparada en dos preguntas fáciles para innovadores y emprendedores, pero en parte mal planteada: ¿cuál es el atributo de valor que esos cursos de humanidades le ponen a un licenciado? y ¿es eso lo que necesitan las empresas que podrían contratar pedagogos si tuvieran un mejor perfil, un perfil gerencial? Estas preguntas son inducidas por una sociedad del gerenciamiento; hegemonía de la empresa que es, como decía Nietzsche para referirse al Estado “el más frío de los monstruos fríos, destruye pueblos y culturas, colgando mil apetitos frente a ellos” (Nietzsche). La empresa destruye la educación de la misma forma; cuelga mil apetitos diferentes a la hora de decidir la formación de licenciados y, en la perplejidad generada, no es capaz de construir un ideal de maestros y de sociedad con un norte claro y potente.

Un curso como *Seminario de Autores de la Pedagogía*, y los textos de los estudiantes contenidos en la presente compilación, permiten hacer una aproximación a los planteamientos de algunos pensadores de la educación para reformular viejas preguntas con la intención de adecuarlas a los tiempos que corren: ¿qué

es la pedagogía? y ¿qué es, qué debe saber y qué puede hacer un licenciado? Ambas preguntas son las que deben hacerse las facultades de educación, pero también las empresas que dicen buscar pedagogos y ofrecer oportunidades a los licenciados que transformen su perfil. Porque la impresión es que ni ellos ni nosotros tenemos claridad sobre el concepto. Tampoco aquí vamos a intentar una definición de manual; solo señalamos que los estudiantes van por el camino de mejores respuestas al adentrarse en el proceso de su constitución histórica; esto es, al recurrir a los pensadores que han hecho aportes fundamentales para otorgarle un objeto y un método.

Un futuro formado por formadores tiene que reconocer las maneras mediante las cuales las necesidades emergentes de la sociedad fuerzan respuestas de la educación y, consecuentemente, producen un saber pedagógico y éste, a su vez, tiene influjo sobre la educación y la sociedad. Un pensamiento que se construía para la práctica, para la enseñanza, para la formación de ciudadanías específicas. Futuros licenciados que tienen que saber de Kant y de la perfección moral de la humanidad; de Pestalozzi y de la relación mente-mano-corazón; de Herbart y de una pedagogía científica construida con elementos de la psicología y de la ética; de María Montessori y de poner el mundo al alcance de los niños; de John Dewey y de una escuela como expresión tangible de una democracia pensada como forma de vida; de Paulo Freire, de la liberación del oprimido y de la educación bancaria, por ejemplo.

Cuando un licenciado lee sobre estos pensadores, cuando piensa en sus aportes, cuando escribe sobre ellos con los aportes del propio pensamiento y la intención formadora, no es una simple compilación de datos lo que está recibiendo: la reflexión que promueve el curso es muy otra cosa que una actividad anticuaria; es una invitación a la acción. Reconocer que si esas propuestas pedagógicas las formularon personas como ellos mismos, que se tomaron el trabajo de pensar en su sociedad, lo que les corresponde a ellos, en el presente, no es copiar de esos pedagogos cosas más o menos vigentes para la educación de hoy –aunque también de eso debe haber una parte–, sino la adquisición del gesto que articula pensamiento, formación y escritura; gesto productor de conocimiento ya no para aprender teorías, métodos y valores, sino para enseñar, para guiar, para señalar horizontes como adultos y profesionales a las generaciones que les siguen.

El curso *Seminario de Autores de la pedagogía*, en su recorrido por el pensamiento pedagógico y por su construcción desde la Ilustración hasta el presente, prevé que estos jóvenes seguirán diversos rumbos de pensamiento y de acción. Serán capaces de demostrar, con los fundamentos pedagógicos en parte construidos aquí, que, pese a las resistencias, la educación debe presentarse en coordenadas

algorítmicas, matemáticas, ingenieriles para garantizar un mejor tránsito hacia lógicas poshumanistas. Otros estudiantes, posiblemente, encuentren argumentos para seguir apostando por la diversidad; no solo para el respeto recíproco de las ciencias, sino para el respeto de las múltiples formas de ser seres humanos en una formación capaz de producir una mejor apropiación de cada una de esas cosas.

Los lectores, entonces, tienen en sus manos el esfuerzo, de estudiantes de pregrado, de pensar el pensamiento pedagógico; pensarlo en su dimensión histórica, pero a través de una pregunta por el presente. Y esa es la última aclaración de esta introducción: el curso no va al pasado para leer pedagogos muertos cuyo legado son libros pasados de moda o con argumentos de sentido común. No es así. En primer lugar, se va al pasado a dialogar con autores en su propio tiempo, como un contexto que demandaba de ellos respuestas educativas y pedagógicas, tal cual el presente se las exige a ellos; en segundo lugar, es cierto que mucho de lo que dicen algunos autores clásicos se sabe porque son inferencias del sentido común, sin embargo, ese sentido es posible porque esos pedagogos dijeron ciertas cosas cuando todavía no era común decirlas. Y eso, no es necesario que lo sepa una persona común; pero un licenciado ignorante de los pedagogos de donde emana ese sentido común es como si un ingeniero no tuviera conocimiento de Newton, así todas las personas sepan que las manzanas caen hacia abajo.

En fin, los clásicos de la pedagogía son el pensamiento que construye la identidad de los pedagogos. No es el amor, la vocación o la disciplina. Estas tres cosas conforman su ser y quehacer; pero, si no es a través de la pedagogía, esos elementos caminan al desgarriate sin objetivos claros de construcción de profesión y de la cultura. Bien mirados esos pensadores todavía pueden darnos claves de cómo abordar, desde la educación y la escuela, las problemáticas que nos presionan en la actualidad.